

LA ORACIÓN

2

“Es más lo que confunde que lo que divierte”

La fe

La razón por la que fracasamos en la oración es por que no comprendemos bien ni a Dios, ni la fe. Cuando la soberanía de Dios deja de ser recalcada, Dios pierde su grandeza, la Biblia pierde su autoridad, la obediencia pierde su virtud, y la iglesia pierde su prioridad. Una reverencia apropiada hacia Dios es el suelo fértil de la oración contrita. La oración exige poner en primer lugar a Dios.

La oración también requiere una comprensión apropiada de la fe. La gente de hoy día habla mucho acerca de Dios —pero no del Dios de la Biblia. El pecado, la perdición, la condenación, la ira y el infierno son temas impopulares. Muchas personas promueven igualmente la fe —sin embargo, en realidad es la “fe sola” lo que aceptan. La fe y la “fe sola” son dos conceptos diferentes. La fe obra, mientras que la “fe sola” está muerta (Santiago 2.17). Somos justificados por la fe solamente, pero no por la “fe sola”. Este es el gran error de la teología moderna. La fe obra. Dios siempre ha salvado a los hombres por medio de la fe. ¿Qué es lo que implica la fe? La fe recibe... la fe responde... la fe obedece... la fe vive. Santiago dijo que “la fe sin obras está muerta” (Santiago 2.26). La mayoría de la gente reduce la salvación a sólo una fe infinitesimal, de una fracción de segundo. Según Santiago, aquí es donde la fe “está muerta”. La fe no es para tenerla un momento; la fe es para tenerla toda la vida. “El justo por la fe, vivirá” (Romanos 1.17; Gálatas 3.11; véase Hebreos 10.38). ¡La fe obra! Léase Hebreos 11. Este capítulo es “el salón de la fama del cielo”. ¡La fe allí obró! La oración obra igualmente, pero solamente cuando los hombres

obran en la oración. La oración es esfuerzo. La oración es persistencia. La oración es fe en acción. Los hombres de fe oran porque aman a, y confían en Dios. Uno aprende a nadar, nadando. Uno aprende a orar, orando. La oración es intensa. En la oración no adaptamos la voluntad de Dios a la nuestra; más bien, al contrario, adaptamos nuestra voluntad a la de él. Oramos como si todo dependiera de Dios; obramos como si todo dependiera de nosotros. No es “hágase nuestra voluntad en el cielo”, sino, “hágase tu voluntad en la tierra”.

Para colmo de males, muchos reducen la fe a un ídolo —creen en el creer. Aunque contradicen toda lógica, están orgullosos de su fe— se jactan de su fe. La fe lo hace a uno humilde. La fe se gloria en el objeto de ella, no en el poseedor de ella. La fe no es ilusión. La fe no es creer que algo es verdadero cuando uno sabe que no lo es. La fe es confianza en Dios —no fe en la fe. La fe no cambia la realidad. La fe no es deshonestidad. La fe (el ejemplo de Abraham) no es certidumbre. A Abraham no se le dio un mapa de caminos. “Salió sin saber a dónde iba” (Hebreos 11.8b). Ésta es la aventura de la fe —es poner nuestra mano en la mano de un Dios en quien se puede confiar. “Grande es tu fidelidad” (Lamentaciones 3.23b). ¡La fe es humildad, dependencia, renuncia, obediencia, vida! Somos salvados, santificados, glorificados por la fe. La fe ora. La oración es la voz de la fe. La fe es confianza en Dios, no en uno mismo. La fe es estar muerto a uno mismo y totalmente entregado a Dios. Nuestra oración es el concepto real que tenemos de Dios. Nuestra oración es nuestro verdadero concepto de la fe. La fe no consiste en que se han recibido todas las respuestas; la fe consiste en vivir sin las respuestas. La oración tiene sentido sólo cuando se vive. Job definió plenamente la fe y la oración: “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré” (Job 13.15). Sólo hay una conclusión: “¡Dios es el *gran sabedor de todo* en la vida!”. “La oración alaba lo altísimo de Dios”.

Cuando yo tenía ocho años de edad, mi papá me llevó a donde un banquero. Le dijo que yo era un socio, y que todos los cheques firmados por mí, podían ser cambiados en efectivo. Lo que mi papá me dio fue un privilegio, una confianza sagrada. Ese privilegio fue mío hasta que él murió. Nunca abusé ni me aproveché de tal privilegio. Hasta este día, tengo todavía una cuenta abierta en el Banco Ennis. Sólo la uso para hacer cosas las cuales sé que papá querría. Me espanto al oír predicadores reconocidos hablando de reclamos y demandas que ellos hacen en la oración a Dios. La oración no es arrogancia ni egoísmo: “Pídale y acéptelo”; “Créalo y lógrelo”. Las ideas expresadas en las anteriores frases son presuntuosas. No debe hacerse burla de la oración.

El poder de la oración

Santiago 5.3–18

¿Por qué será que no oramos más? Si Dios es un Dios que escucha y contesta la oración, ¿por qué será que no oramos más? Son grandes las cosas que les suceden a los que oran. Esto fue lo que Juan Wesley dijo: “Estoy persuadido de que Dios hace todo lo que hace, por medio de la oración, y que no hace nada, si no es por medio de ella”. Juan Wesley tenía muy poco respeto por cualquier predicador que no pasara por lo menos cuatro horas diarias en oración. Esta fue la observación que un filósofo hizo: “Las cosas que se hacen por medio de la oración, son más de las que la gente se imagina”. La oración es a la religión lo que el pensar es a la filosofía. Cuando estamos demasiado ocupados para orar, también lo estamos para recibir poder. ¿Por qué será que no oramos más? Muchas de las bendiciones de Dios no pueden ser dadas al hombre, sino, hasta que éste ore.

Aun Dios mismo fue impresionado por la oración. Cuando dirigía a Ananías a Saulo, esto fue lo que Dios dijo: “... he aquí él ora” (Hechos 9.11). Para Dios, nada que proceda del hombre es más maravilloso que la oración. Esto fue lo que Juan escribió: “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Juan 5.14, 15).

Los hombres que han cambiado y movido el

mundo, han sido hombres de oración. ¡Qué impresionante privilegio —es el hablarle a Dios, el ser recibido por Dios, el ser correspondido por Dios! ¡Dios puede incluso rendirse al hombre! Esto no es una señal de debilidad, sino, una revelación de su fortaleza. Así lo ha dispuesto Dios. En su sabio esquema de la vida, Dios ha abierto una vía para que la oración humana haga que sucedan las cosas.

La oración es poderosa, sin embargo no creemos en la oración —creemos en Dios. La oración no sana —el que lo hace es Dios. La oración es nuestro acceso a Dios. ¡En la oración convertimos al Dios todopoderoso en nuestro socio! ¡El Dios del universo quiere oírnos y ayudarnos! Hay poder en la oración.

¡ORE!

“La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5.16b). ¡Créalo! ¡Practíquelo! “Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto” (Santiago 5.17–18). ¡El poder de Elías era la oración! ¡La más importante obra de los siervos de Dios es orar! ¡Ore primero!

Elías oró. Lo que se lee en el griego es interesante: “Oró en sus oraciones”. Elías creía en Dios, así que, por eso oraba. Elías oraba con sinceridad, con pasión! Elías no decía oraciones; oraba en sus oraciones.

He aquí otra preciosa idea: “Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras” (v. 17). La tendencia nuestra es a hacer “superestrellas” de los héroes bíblicos. Por el contrario, ellos fueron humanos como nosotros. Dios escuchó a Elías; ¡Dios nos escucha a nosotros! “Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones” (1 Pedro 3.12). La reina María de Inglaterra decía que ella le temía más a las oraciones de Juan Knox que a un ejército de 10,000 hombres. ¡Hay poder en la oración! ¡Tal poder es nuestro!

La oración es de “mucho” provecho —la palabra “mucho” es contraria a la palabra “poco”. ¡La oración impacta a Dios! ¡Dios obra! La oración mueve el brazo que mueve el mundo. ¿Qué tan poderosa es la oración? ¿Qué tan poderoso es Dios? Cuando la iglesia de Jerusalén oraba, el lugar en el que se encontraban temblaba (Hechos 4.31). Dios ha prometido hacer más de lo que podemos pedir o imaginar (Efesios 3.20). ¿Por qué será que no oramos más? ¿Cuán poderosa sería la iglesia si el poder de Dios se aprovechara? Una iglesia que no ora es una iglesia que no puede. Jamás encontrará una iglesia que esté orando que no sea una iglesia

que esté creciendo. *¡Ore primero!* ¡Son 32,000 las promesas de Dios que se encuentran en la Biblia! Dios oye y contesta la oración. Todas las promesas que Dios hace, él las cumple.

Elías oró, y no llovió; oró nuevamente, y llovió. En ambas oraciones estaba incluido el diario vivir. La lluvia de Palestina venía del Mediterráneo. Elías sabía en qué dirección mirar. Sí, hay problemas involucrados en poder ver la providencia especial de Dios. Dios mismo es un misterio. Elías estaba involucrado con gente real en su diario vivir. ¡Dios obra con los hombres en sus vidas diarias! ¡Qué gran Dios!

La oración es, ya sea, el más grande poder, o el más grande fraude. Cuando obramos, somos nosotros los que obramos; cuando oramos, ¡es Dios el que obra! Nuestro poder espiritual está a merced de nuestras oraciones. La mejor manera de poner a un cristiano sobre sus *pies* es poniéndolo de *rodillas*. Los cristianos deben acercarse a la vida enfocando sus *poderes*, no sus *problemas*. Los cristianos que no oran, perecen. La iglesia del Nuevo Testamento fue una iglesia que oraba (Hechos 2.42; 4.23–31). Satanás no le teme ni a los estudios, ni a los sermones, ni a la obra que están ayunos de oración. Se ríe de nuestra obra y se burla de nuestra sabiduría, pero tiembla cuando oramos. Hay poder en la oración. Créalo.

¡DIOS CONTESTA LA ORACIÓN!

Esto fue lo que un hombre le dijo a Martín Lutero: “No tengo mucha fe de que mis oraciones van a ser oídas”. Y esto fue lo que Lutero le contestó: “Esa es la razón misma por la que debería orar”. ¡Toda oración cristiana es contestada! ¡No existen oraciones de creyentes que no hayan sido contestadas!. Hay “oraciones que no son ofrecidas”, pero no hay “oraciones que no son contestadas”. La oración no consiste en conquistar el *desgano* de Dios, sino su *disposición*. ¡Dios contesta la oración! Este no es problema nuestro. ¿Cómo responde Dios la oración?

1) *Dios responde: “Sí”*. Dios quiere (así como un padre amoroso) darnos lo que deseamos. Elías oró, y no llovió. Elías oró, y llovió. Ana oró por un hijo (1 Samuel 1.11). Dios la bendijo con Samuel y otros hijos. Dios vive para dar. Ezequías oró para vivir; Dios le añadió quince años a su vida (Isaías 38.2–5). No obstante, tenemos la tendencia de prescribir las respuestas a nuestras oraciones. Tenemos la tendencia a pensar que Dios sólo puede responder de una manera. Los hijos no saben qué es lo mejor; los padres sí. Los hombres no saben qué es lo que necesitan, Dios sí. ¡El “Sí” de Dios puede arrojar

resultados inesperados! Nuestras vidas pueden ser desarraigadas. Este es el “peligro” de la oración. Tenga cuidado de cómo ora —¡puede recibir lo que pide! Del andar por fe se infiere, que debemos estar siempre preparados para lo inesperado de Dios. Dios no puede ser “encerrado en una caja”. Ore por lo que usted puede —no por lo que no puede. Cuando a Dios se le invita a entrar a nuestras vidas, toda clase de cosas pueden ocurrir. Ore por “la voluntad de Dios”.

2) *Dios responde: “No”*. ¡Un “No” es una respuesta también! Tenemos la tendencia a negar que esto sea una respuesta. La oración no es una forma barata de conseguir algo a cambio de nada. Dios es Dios, y el hombre no lo es. Nunca ha sido la intención de la oración hacer que el hombre se enseñoree de Dios. Son demasiados los que hacen del “Sí” un sinónimo de oración contestada. Los padres no pueden siempre darle a sus hijos lo que ellos piden. La mayoría de nosotros ha vivido lo suficiente, como para darle gracias a Dios, por no darnos lo que pedimos. Todo “Sí” conlleva igualmente un “No”.

Dios le dijo “No”, tres veces, a su precioso Hijo, en Getsemaní. Dios le dijo “No”, tres veces, a Pablo en lo concerniente a su aguijón, según 2 Corintios 12.8–9. Algunas veces un “No” es la mejor respuesta. La oración es para que nosotros le hablemos a Dios —no es para tratar de “ser más ingeniosos” que él. Cuando oramos, confiamos en su respuesta, sea que nos guste, o no. ¿Qué obtuvo Jesús de su oración? ¡El calvario!

3) *Dios “espera”*. Es fascinante el relato que encontramos en Lucas 1. Zacarías y Elizabeth eran fieles. No obstante, ella era estéril. Por años oraron por un hijo. Ellos todavía oraban —en amargura. Un ángel le prometió un hijo a Zacarías. ¡Él no estaba impresionado! ¿Por qué? ¡Porque él hubiera querido ese hijo veinte años atrás! Somos demasiados los que le pedimos a Dios que se ajuste a nuestro calendario. El tiempo de Dios puede ser diferente. “¡La boca que no celebre con grito será cerrada!”. Zacarías se quedó mudo hasta que Juan el Bautista nació. ¡Y qué hijo! No habían estado dispuestos a esperar en el Señor, sino que estaban con la mirada puesta en el hijo que Dios les dio; cuando vino el “cumplimiento del tiempo”!

Otra oración interesante se encuentra en Génesis 18.23–32. Abraham había orado por la salvación de Sodoma. Negoció con Dios. Cincuenta —sí, aun diez almas justas podían haber salvado a Sodoma. ¡En ese punto Abraham cesó! ¿Pudieron cinco, dos, o uno, haber salvado a Sodoma? Nadie lo sabe... porque Abraham dejó de esperar en el Señor.

Dios le respondió la oración a Jeremías en Jeremías 42.4–7, pero esperó diez días para hacerlo. Jesús, en sus principios de la oración, enseñó varias lecciones acerca de la persistencia. Cuando uno deja de creer, deja de orar. En lo más profundo de nosotros, ¿creemos realmente en la oración? “El cristiano de rodillas, es capaz de ver más de lo que ve un filósofo de puntillas”.¹

4) *Dios “sustituye”*. Él envía algo diferente, o mejor aún —nos da más de lo que pedimos. Moisés oró pidiendo poder entrar en Palestina. Dios no le permitió tal petición, pero sí le permitió mirar la tierra desde Pisga y desde el monte de la transfiguración. Jesús no se devolvió para sanar a Lázaro, pero lo levantó de entre los muertos (Juan 11.43–44). Lo levantó para que Marta pudiera ver a Jesús como la resurrección y la vida. La más grande enseñanza sobre la resurrección fue la que le dio Jesús a una mujer afligida. Cuando los padres no le pueden dar a sus hijos lo que quieren, ellos algunas veces lo sustituyen por algo mejor. Pablo trajo a colación esta cuestión en Romanos 8.31–32: “¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”.

Salomón pidió sabiduría (1 Reyes 3.6–9). Dios no solamente le dio sabiduría sino también riquezas, paz y poder. El hombre a menudo se siente

desilusionado cuando sus pequeñas oraciones nos son contestadas. Dios se siente desilusionado cuando las oraciones del hombre son demasiado pequeñas.

5) *Dios “nos cambia a nosotros”*. La oración cambia situaciones porque Dios nos cambia a nosotros. El cambiarnos a nosotros es más grande que el cambiar las circunstancias. El tener fe en alguien es darse uno mismo a esa persona. Cuando oramos, debemos estar preparados para cambiar. Cuando oramos, el resultado es diferente a que si no hubiéramos orado. Debemos orar por más fortaleza y no por menos problemas. Debemos orar por hombros más anchos, no por una carga más liviana. La más grande maravilla de la oración contestada puede que no sean las bendiciones —sino el ver a Dios en acción en nuestras vidas. ¡El saber que Dios obra en nuestras vidas es impresionante! El orar es cambiar, es estar abiertos a Dios.

6) *Dios nos da “Dios”*. En realidad, hay contestaciones con las que no podríamos vérnoslas si Dios nos las diera. No necesitamos explicaciones —¡necesitamos a Dios! ¡Dios! ¡Dios mismo es el que viene! ¡La oración es poderosa porque Dios es todopoderoso! La oración nos coloca en la presencia de Dios. Entre más tiempo pasamos con Dios, más nos hacemos como él. Llegamos a ser como el Dios que adoramos. Dios vino a Moisés, a David, a Job, a los profetas, a Pablo. La más grande contestación a la oración es la presencia de Dios. Lo que Dios “es” es más importante que lo que Dios “hace” por nosotros. ■

¹ Augusto Toplady.